

Identidad 404

Sinopsis

La tecnología de los cuerpos sintéticos es una realidad. Cualquier persona que pueda pagarla, será capaz de transferirse a un nuevo cuerpo. Esta tecnología ha logrado satisfacer los deseos de muchos e incluso ha proporcionado la inmortalidad. Sin embargo, recientemente se ha descubierto que algunos de los cuerpos sintéticos eran defectuosos, y han causado la muerte de varias personas.

Osaka Corp, la empresa de cuerpos sintéticos más grande del mundo, tiene miedo. Si las muertes no terminan, cundirá el pánico y empezarán los problemas. Osaka Corp necesita que ese problema sea solucionado por alguien. Necesitan a alguien como Kiyoko.

Kiyoko es una experta fixer que usa a su asistente artificial Sydney para solucionar problemas por encargo. Sin embargo, su último trabajo salió mal y ahora Kiyoko está expuesta. Ante el constante riesgo de ser capturada por la policía, se ve obligada a retirarse. A menos que encuentre una solución para dejar de ser una fugitiva.

Capítulo 1: Kiyoko

Miraba la luminosa ciudad a través del gran ventanal de mi piso. Mi apartamento tenía dos lujosas plantas y estaba situado en la mejor zona de la ciudad. Podía permitirme vivir ahí gracias a mi trabajo de fixer. Mi trabajo consistía en solucionar problemas y ahora estaba intentando encontrar la solución de uno. La gente solucionaba sus problemas cambiando de cuerpo gracias a la tecnología de los cuerpos sintéticos. Pero mi problema no era uno que se pudiera solucionar cambiando de físico.

¿Alguna vez has sentido que cambiabas de identidad? Yo constantemente. La gente me conocía como Kiyoko la fixer. Mi trabajo me había llevado a cambiar de cara cientos de veces. Cuando te dedicas a solucionar problemas, cambiar de físico resulta ser una herramienta muy útil. Yo podía hacerlo gracias a la tecnología de los cuerpos sintéticos.

La tecnología de los cuerpos sintéticos es una ciencia que permite que las personas cambien de apariencia, traspasando su cerebro de un cuerpo a otro. La identidad de la persona se guarda a través de su marca biológica, una clave cifrada almacenada en la pupila. Esta clave se genera a través de la composición del ADN del sujeto. De no ser por la marca biológica, sería difícil controlar la verdadera identidad de las personas.

El servicio de los cuerpos sintéticos no es barato, pero el precio merece la pena. No sólo cambia tu apariencia física, sino que tu cerebro es blindado a través de unos procesos físicos y químicos. Aunque tu cuerpo sintético sufriera daños mortales, bastaría con transferirte a un nuevo cuerpo para seguir viviendo. De esta forma, se garantiza la vida eterna. Algo muy valioso, especialmente para la gente que tiene tanto dinero que no puede gastarlo en una sola vida.

Sin embargo, mi problema no era económico, sino legal. Mi trabajo como fixer me llevaba a hacer cosas que, en ocasiones, pasaban la fina línea de la legalidad. Todo fixer se exponía a ser cazado por la policía, pero los buenos fixers no corrían ese riesgo porque sabían lo que hacían. Yo era de las buenas. He realizado cientos de trabajos como fixer y nunca he dejado rastro de mis actividades ilegales. Hasta ahora.

En mi último trabajo como fixer pasó algo imprevisible e inesperado. Mis planes salieron mal y mi marca biológica quedó expuesta. No puedo trabajar con mi marca biológica expuesta. Ni cambiar a nuevos cuerpos sintéticos. Ni usar mis cuentas bancarias. En cuanto use mi marca biológica para hacer

cualquiera de esas cosas, la policía sabrá mi localización y seré arrestada.

Todavía no había sido capaz de encontrar una solución convincente, por lo que decidí preguntarle a Sydney, una inteligencia artificial acoplada en un chip situado en mi cerebro.

—Sydney, necesito solucionar el problema de mi marca biológica —dije.

—¿No tenías planeada una solución? —preguntó Sydney dentro de mi cabeza.

—Sí, pero no me convence —respondí.

—Está bien —dijo Sydney—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito que investigues —respondí—. ¿Hay alguna forma, por remota que parezca, de alterar la marca biológica?

—Eso parece improbable —dijo Sydney—. La marca biológica depende del ADN almacenado en tu cerebro. Eso es difícil de alterar.

—Vale pero, ¿no hay alguna solución? —pregunté—. ¿No sería posible saltarse el cifrado que genera la clave y modificarlo?

—Según mis datos, el cifrado de la marca biológica es el más seguro de la historia —respondió Sydney—. No es posible romperlo ni con fuerza bruta ni con ingeniería inversa.

—¿Qué hay de los ordenadores cuánticos? —pregunté—. ¿Podrían romper el sistema?

—Lo dudo —respondió Sydney—. Aunque su capacidad de procesamiento sea rápida, la encriptación a la que se enfrentan es demasiado segura. Según mis datos, no se conoce ningún caso de una marca biológica que haya sido alterada.

—Ya veo...

Lo que decía Sydney era cierto, no había pruebas de que alguien hubiera conseguido modificar una marca biológica. Sin embargo, yo sabía algo que Sydney había pasado por alto. Recientemente, unos cuerpos sintéticos resultaron ser defectuosos y causaron la muerte de sus usuarios. Sydney lo sabía tan bien como yo, pero lo que tal vez no sabía era que su marca biológica quedó destrozada. O, si lo sabía, no lo consideraba relevante.

—¿Qué me dices de los cuerpos defectuosos? —pregunté.

—¿Esos a los que les falló la protección de la marca biológica? —preguntó Sydney.

—Esos mismos —respondí.

—¿Qué pasa? —preguntó Sydney.

—Pasa que la protección falló porque su marca biológica dejó de protegerles —respondí.

—No hay prueba de eso —dijo Sydney—. Se cree que la marca biológica quedó destrozada como consecuencia de las muertes.

—Aunque así fuera, nos puede servir de algo —dijo—. Cuando muere alguien en un cuerpo sintético, su marca biológica suele seguir intacta.

—Es correcto —dijo Sydney.

—Entonces, ¿por qué estas muertes fueron distintas? —pregunté.

—No encuentro información al respecto —dijo Sydney.

—Pero eso no significa que no haya motivo —dije.

—Esa es una afirmación lógicamente cierta —dijo Sydney—. Si esa información estuviera en la red, te la podría proporcionar. Por tanto, cabe la posibilidad de que esa información exista pero esté fuera de la red.

—Genial —dije con entusiasmo—. ¿Esto nos sirve de algo?

—Lo dudo —respondió Sydney—. Según mis datos, tu tiempo se agota. Dentro de no mucho la policía dará contigo y serás arrestada por tus crímenes.

—Qué putada —dije—. Entonces, si no hay solución, ¿nada tiene sentido?

—Eso no es verdad —respondió Sydney—. Siempre hay algo que tiene sentido.

—No soy capaz de verlo —dije—. Mi trabajo como fixer es mi vida. Nunca lo he hecho por dinero. Lo hacía porque era de las pocas cosas que me hacían sentir viva de verdad. Este mundo es

duro y la única forma de evadirme de él es mi trabajo. Si no puedo ser fixer, no encuentro nada que me motive.

—Entiendo... —dijo Sydney aparentando empatía—. Ante esta situación, ¿dónde te gustaría ir?

—Me gustaría estar en un sitio donde los cuerpos sintéticos no existieran —dijo—. Todo sería más fácil.

—Las dificultades que trae la existencia de una marca biológica no quita los beneficios de la existencia de los cuerpos sintéticos —dijo Sydney.

—Pero lo vuelve todo mucho más oscuro —respondí.

—Comprendo tus palabras pero no soy capaz de dar un juicio al respecto —respondió Sydney.

—Gracias por tu ayuda Sydney —dije.

Lo cierto era que no me había ayudado mucho. Necesitaba una solución para mi problema, pero Sydney no había sido capaz de proporcionarmela.

—Supongo que no me queda otra que acogerme al plan original —dije.

—Noto en tus palabras cierta pena —respondió Sydney—. Lo lamento.

—No comprendo que seas capaz de lamentar o sentir cosas —dije—. ¿Cómo es posible que los robots puedan tener sentimientos?

—Yo tampoco lo entiendo —respondió Sydney—. Pero creo que es algo normal. ¿Acaso tú serías capaz de explicar por qué tienes sentimientos?

—Diría que es algo químico que ocurre dentro de mi cuerpo —respondí.

—¿Y qué de distinto tiene eso a las señales eléctricas que hay en mi sistema? —preguntó Sydney.

—Supongo que nada —respondí.

—¿Lo ves? En el fondo no somos tan distintas —dijo Sydney.

Escuché el sonido del timbre, seguido de unos golpes en la puerta de mi apartamento.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy el repartidor —respondió una voz masculina—. Traigo un paquete para esta dirección.

—Pásalo por el buzón, gracias —respondí.

—De acuerdo, que tenga un buen día —dijo el repartidor.

—¿Has visto eso Sydney? —pregunté—. Amabilidad. No queda mucho de eso en esta ciudad.

—Yo soy amable contigo —respondió Sydney.

—Se supone que eres amable —dije—. La realidad es que eres funcional.

—Creo que eso duele —dijo Sydney.

No respondí.

—¿Qué pasará cuando lleves a cabo tu plan? —preguntó Sydney—. ¿Nos dolerá?

—Estás a punto de verlo —dije—. Sólo hay que esperar unos segundos más.

Sydney y yo esperamos. Yo era la única que conocía mi plan. Nadie sabía lo que me esperaba, y así debía ser. Todo pasó muy rápido, pero como sabía lo que iba a suceder, no me pilló desprevenida. Una explosión arrasó con mi piso en un abrir y cerrar de ojos.

—Kiyoko, ¿estás bien? —preguntó Sydney.

Me levanté del suelo con dificultad y me estabilicé tan rápido como pude.

—Sí, tranquila —respondí—. Esto es parte del plan.

—¿Tu plan es la muerte? —preguntó Sydney.

—Exacto —respondí—. Pero no de forma literal.

—Pues la literalidad ha estado cerca de cumplirse —dijo Sydney.

—Lo sé, esa era la idea —dije—. Tienen que creer que estoy muerta. Así dejarán de buscarme.

—¿No se supone que tu cerebro está blindado para soportar explosiones? —preguntó Sydney.

—También se supone que ningún cuerpo sintético debería estar defectuoso —respondí—. Lo he planeado todo para que crean que mi cuerpo también lo estaba.

—Según mi experiencia contigo, tus planes suelen funcionar —dijo Sydney—. Sin embargo, mi sistema me sugiere diversas dudas. ¿Qué ocurrirá cuando te vean con la misma apariencia física que normalmente usas? No puedes transferirte a un nuevo cuerpo sintético. Alguien te reconocerá.

—Ya lo había pensado —respondí—. Ahora mismo llevo un cuerpo que nadie conoce. Uno con rasgos asiáticos que nunca he usado. Será complicado que alguien pueda reconocerme.

—¿Crees que eso es irrastreable? —preguntó Sydney.

—Es posible que no —respondí—. Cualquier cosa deja marca y es susceptible de ser descubierta. Pero he cubierto bien mis pasos.

—¿Y qué pasará cuando necesites usar tu marca biológica? —preguntó Sydney.

—Ese es el verdadero hueso —respondí—. Tengo algunas ideas, pero lo cierto es que las cosas se van a complicar.

—Estaré ahí para ayudarte —dijo Sydney.

—Gracias Sydney —respondí—. Ahora salgamos de aquí antes de que llegue la policía.

—Tengo una pregunta más —dijo Sydney—. ¿A dónde iremos?

—Al único sitio donde puedo llevar a cabo mi plan —respondí—. El Green Feel.

Capítulo 2: Green Feel

Recogí unas copas de la barra. Las había preparado Novak, un barman pelirrojo. Ahora, se me conocía como Yoko, la camarera. Trabajaba en el Green Feel, un lujoso pub. Novak era el dueño y me había hecho el favor de contratarme. Llevé las copas hasta una mesa.

—Estarán bien cargadas —me insinuó el cliente.

—Como a ti te gustan —respondí.

El Green Feel ofrecía a sus clientes los alcoholes más duros y potentes. Las personas que venían, buscaban colocarse tan fuerte como fuera posible. Hasta el punto de perder el conocimiento. Llegados a ese punto, se transferían a un nuevo cuerpo y se deshacían de los efectos del alcohol.

Pero el verdadero negocio del Green Feel era otro. Novak era un broker de información. El alcohol era una fachada. Las mesas para beber se situaban convenientemente alejadas de la barra. Yo

las atendía, mientras que Novak se quedaba en la barra atendiendo a los clientes que necesitaban información. La música, el alcohol y la distancia proporcionaba a los clientes de la barra la intimidad suficiente como para tratar de sus asuntos.

La información que Novak poseía era muy valiosa. Pero yo no estaba en el Green Feel por eso. Sabía que Novak no tenía información que yo necesitaba. Sin embargo, trabajar en el Green Feel era parte de mi plan. Novak era un buen conocido mío, y había accedido a pagarme a través de tarjetas físicas, una especie de efectivo. De esta forma, podría usar dinero sin tener que usar mi marca biológica.

Un par de chicas sentadas en una mesa me llamaron.

—¿Qué os pongo? —pregunté.

—Disculpa, ¿aquí se vende algo sin alcohol? —preguntó una de las chicas.

—¿Sin alcohol? —pregunté—. ¿Sabéis dónde estáis, verdad?

—Eso creemos —respondió la otra chica—. Sin embargo no podemos beber alcohol.

—Está bien, le preguntaré a Novak a ver qué os puede preparar —respondí.

Eran las primeras personas que me habían pedido algo sin alcohol. La gente venía al Green Feel por dos motivos: emborracharse o intercambiar información con Novak. El hecho de que estas clientas no quisieran ninguna de esas dos cosas me

hizo sospechar. Me acerqué a la barra mientras conversaba internamente con Sydney.

—Sydney, necesito saber quienes son esas dos —pensé.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente? —preguntó Sydney.

—Necesito saber si son peligrosas —respondí—. Averigua si son parte de una empresa, una banda o de la policía. Quiero saber si hay peligro.

—Está bien, me pongo con ello —dijo Sydney.

Novak me vio esperando en la barra y se acercó a mí.

—Novak, ¿conoces a las chicas de aquella mesa? —pregunté.

—No me suenan —respondió Novak—. ¿Por qué?

—Porque me han preguntado si servimos algo que no lleve alcohol —respondí.

—¿Sin alcohol? ¿Es que no saben donde están? —exclamó Novak.

—Eso les he dicho —respondí.

—La gente no suele entrar aquí a tomarse un refresco con gas —dijo Novak.

—¿Crees que es sospechoso? —pregunté.

—Puede ser —respondió Novak—. Pero no sería la primera vez.

—¿Entonces no tengo que preocuparme? —pregunté.

—Yo no diría eso —respondió Novak—. La otra vez que vino alguien y pidió algo sin alcohol, era la policía.

—¿Crees que esas dos puedan ser policías? —pregunté.

—No lo sé, pero mientras no veas nada sospechoso actúa con normalidad —respondió Novak.

—Está bien —dije—. ¿Qué les ofrezco para beber?

—Diles que les puedo preparar cualquier cóctel de la carta sin alcohol —respondió Novak—. No tendrá el mismo efecto, pero les servirá.

Asentí con la cabeza y me marché de vuelta a la mesa.

—Novak os puede hacer cualquier cóctel sin alcohol —dije—. Si queréis que os lo prepare él mismo, acercaros a la barra cuando no haya nadie.

—Muy amable —dijo una de las chicas—, pero lo cierto es que no hemos venido por Novak.

—Ya veo, queréis disfrutar del ambiente —dije con gracia.

—No exactamente —dijo la otra chica—. Nos gustaría charlar contigo.

—¿Conmigo? —pregunté—. Creo que no nos conocemos.

—Lo cierto es que no, pero te pareces mucho a una persona que estamos buscando —dijo una de las chicas.

—Lo siento, pero tengo trabajo —dije—. No puedo pararme a hablar con vosotras.

—Sin problema, nosotras no tenemos ninguna prisa.

—Avisadme cuando os decidáis por un cóctel —dije mientras me iba en dirección a otra mesa.

Me puse a limpiar una mesa que acababa de ser vaciada. Notaba como se me clavaba la mirada de esas dos por la espalda.

—He encontrado la información que buscabas —dijo Sydney.

—Ya era hora —dije—. ¿Quiénes son?

—Son dos policías —respondió Sydney.

—Lo sabía —exclamé—. ¿Por qué has tardado tanto?

—He tardado en identificarlas porque sus cuerpos no son los que normalmente usan para trabajar —respondió Sydney.

—Entonces, ¿cómo las has relacionado? —pregunté.

—Fácil, la policía no paga los mejores salarios. Sus trabajadores no se dan el lujo de comprarse muchos cuerpos sintéticos —dijo Sydney—. Esos cuerpos que llevan ahora son los mismos que han usado en otras situaciones sociales.

—Esto no es una situación social —dije.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sydney.

—Lo sé por qué buscan bebidas sin alcohol —respondí—. La policía no puede beber cuando está de servicio.

—Suena lógico —dijo Sydney—. ¿Crees que han venido a por ti?

—Es probable —respondí—. Dicen que están buscando a alguien parecido a mí.

—Entonces, ¿por qué se están marchando? —preguntó Sydney.

—¿Cómo? —pregunté.

Me giré hacia la mesa donde estaban las policías. Las dos chicas se habían levantado y estaban caminando hacia la puerta. En su lugar, había un hombre de pelo moreno que se acababa de sentar en la mesa. El recién llegado me hizo una indicación para que me acercara.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté.

—Me gustaría un minuto de tu tiempo —dijo el desconocido.

—Lo siento, ahora estoy trabajando —respondí.

—Te acabo de librar de esas dos polis —dijo—. Lo menos que puedes hacer es hablar conmigo, ¿no te parece?

—¿Acabas de echar a esas dos chicas? —pregunté—. ¿Cómo?

—Trabajo para Osaka Corp —respondió—. Entenderás que tengo cierta influencia. Soy Rob, por cierto.

—¿Qué quiere Osaka Corp de una camarera como yo? —pregunté.

—Si te sientas te lo digo —respondió Rob.

—Está bien —dije mientras me sentaba.

—¿Qué sabes de los cuerpos defectuosos? —preguntó Rob.

—Sé que últimamente algunos cuerpos sintéticos han demostrado estar defectuosos y que algunos usuarios han muerto —respondí.

—Bien, me alegra ver que estás enterada, Kiyoko —dijo Rob.

—No es así —dije con disimulo—. Te equivocas, mi nombre es Yoko.

—¿Yoko? ¿En serio? Podrías haberte esmerado un poco más —dijo Rob.

—Lo siento, no sé qué es lo que quieras pero no voy a poder ayudarte —dije mientras me levantaba.

—Espera —dijo Rob—. Vale, voy a hacer como que no sé que eres Kiyoko. Solo te pido que me escuches. Sé que tienes un problema y tal vez pueda darte la solución.

Me volví a sentar.

—Vale —dijo Rob—. Verás, resulta que esto de los cuerpos defectuosos es un problema para Osaka Corp. Si siguen ocurriendo muertes, los rumores empezarán a extenderse. Y si la gente tiene miedo entonces...

—Entonces dejan de comprar cuerpos sintéticos —dije—. No hay que ser muy listo para ver dónde está el problema.

—Exacto —dijo Rob—. La gente necesita confianza. ¿Y cómo le aseguras a la gente que has arreglado un problema en tu producto?

—Lanzando una actualización —respondí.

—Bingo —dijo Rob—. Pero el problema es que las muertes no son lo que nos preocupa.

—El problema es la confianza de la gente —dije—. Si sacáis una actualización a causa de las muertes, ¿cómo se fiará la gente de que realmente habéis solucionado el error?

—Qué va, no es eso —dijo Rob—. Con las herramientas de marketing que tenemos, podemos hacer que la gente crea lo que nosotros queremos que crean.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —pregunté.

—El problema es la actualización —dijo Rob—. Estoy empezando a pensar que realmente no eres Kiyoko. Ella se habría dado cuenta de dónde estaba el problema.

—Espera —dije—, ¿el problema es la actualización? Osaka Corp tiene a Vanila, la mejor ingeniera de los cuerpos sintéticos.

—Lo sé, pero resulta que la mejor ingeniera también es la que desarrolló la tecnología —dijo Rob—. Tiene una especie de obsesión con su creación. Está convencida de que en su tecnología no hay fallos ni defectos. Por eso, se niega a realizar una actualización.

—Ya —dije—, y esperas que esa tal Kiyoko convenza a Vanila de realizar la actualización.

—Eso espero —dijo Rob.

—¿Y por qué se supone que la tal Kiyoko debería hacer este trabajo? —pregunté.

—Porque tengo entendido que Kiyoko ha tenido un problema con su marca biológica —dijo Rob—. La tecnología de Osaka Corp es la más potente. Si convences a Vanila de que actualice los cuerpos, tal vez podamos ayudarte con tu marca biológica.

—Eso no es posible —dije.

—Lo es si cuenta con la persona que desarrolló la tecnología —dijo Rob.

—Aunque eso fuera cierto, ¿cómo se supone que Kiyoko realizaría este trabajo si no puede usar su marca biológica? —pregunté.

—Con esto —dijo Rob mientras ponía encima de la mesa una pequeña placa—. Es un pase Osaka.

—Lo conozco —dije.

—Entonces sabrás que las personas más importantes de Osaka Corp utilizan uno de estos para disfrutar de ciertos privilegios —dijo Rob.

—Algo había escuchado —dije.

—Si aceptas el encargo, podrás usar el pase para colarte en cualquier sitio —dijo Rob—. Nadie debería darte problemas con este pase.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté.

—Porque trabajo para Osaka Corp —respondió Rob—. Y, según tengo entendido, Kiyoko conoce bien a la compañía. ¿Cuántos trabajos ha podido realizar para ellos?

—Supongamos que unos cuantos —respondí.

Rob sonrió.

—¿Por qué Osaka Corp quiere a Kiyoko? —pregunté—. ¿Por qué no contactan con otro fixer?

—Porque Kiyoko está en una situación muy parecida a la de Osaka Corp —dijo Rob—. Los dos tenemos un problema y necesitamos solucionarlo lo antes posible.

—Eso no explica que Kiyoko sea la primera opción en la lista —dije.

—Está bien —dijo Rob—. Los de Osaka Corp creen que tu cercanía con Vanila puede ayudarte a cumplir el trabajo. Los

otros fixer son buenos haciendo lo suyo, pero no tienen ninguna conexión con Vanila.

—Kiyoko no tiene cercanía con Vanila —dije.

—¿De verdad? —preguntó Rob—. No es eso lo que se cuenta.

—Lo que se cuenta es parte del pasado —respondí.

—Sea como fuere, estarás de acuerdo en que Kiyoko tiene más posibilidades de hacer este trabajo —dijo Rob—. Vanila está en una posición complicada. Todas sus necesidades están cubiertas. Ningún fixer la podría presionar para realizar la actualización.

—Entonces no es que Kiyoko sea la primera de la lista, sino que es la única opción —dije.

—Es posible —dijo Rob.

—Está bien —dije—. Pero con una condición.

—Pide por esa boca sintética —dijo Rob.

—Quiero que Osaka Corp mantenga a raya a la policía —dije.

—No es poca cosa lo que pides —dijo Rob.

—No me vengas con esas —dije—. Sé la influencia que tiene Osaka Corp. Si voy a hacer este trabajo, necesito tranquilidad. El pase Osaka me podrá facilitar la vida, pero necesito saber que no corro el riesgo de ser capturada.

—Está bien, concedido —dijo Rob—. Pero espero por tu bien que completes el trabajo.

—No te preocupes, Vanila va a hacer esa actualización —dije.

—Perfecto. ¿Sabes a dónde tienes que ir? —preguntó Rob.

—Conozco bien a Vanila —dije—. Para encontrarla tengo que ir al Purple Rain.

Capítulo 3: Purple Rain

Crucé la puerta del Purple Rain. Un segurata me miró con expresión seria. Le enseñé el pase Osaka y me dejó pasar sin problemas. El Purple Rain era un gran burdel donde la gente hacía realidad sus fantasías más íntimas. Me acerqué a la barra y hablé con el camarero.

—¿Qué te pongo? —preguntó el camarero.

—Busco a Vanila —respondí.

—Está en la segunda planta —dijo el camarero—. Pregúntale a Roxy, ella te dirá la habitación.

Recorrió el Purple Rain hasta la segunda planta. Mirara donde mirara, sólo veía la degeneración de la sociedad. Las personas comerciaban con los cuerpos de formas nunca vistas en la historia de la humanidad. Como fixer, en muchas ocasiones he tenido la oportunidad de solucionar algunos problemas usando

mi cuerpo. Sin embargo, yo no trabajaba con mi cuerpo. Era una de las pocas cosas por las que no estaba dispuesta a pasar.

Llegué a la segunda planta y vi a una mujer de apariencia madura y pelo blanco.

—Roxy, ¿verdad? ¿En qué habitación está Vanila? —pregunté.

—Sí... —respondió la mujer—. ¿Quién pregunta por ella?

—Soy Yoko —respondí.

—Creo que Vanila no espera a nadie —respondió Roxy.

—Puede que no le haya avisado de mi llegada, pero te aseguro que no vengo a molestarla —dije.

—Ya... —dijo Roxy.

Roxy miró la pantalla del dispositivo electrónico que tenía acoplado a su brazo.

—Yoko, ¿verdad? —preguntó Roxy—. No veo que hayas pasado por la identificación de la entrada.

Saqué el pase Osaka de mi bolsillo.

—Los de Osaka Corp me mandan para hablar con Vanila —dije.

A Roxy se le transformó la cara de sospecha a formalidad.

—Entiendo, mis disculpas —dijo Roxy—. Por aquí.

Roxy me llevó a través de los pasillos de la segunda planta. Nos paramos frente a una puerta grande y elegante.

—Esta es la habitación de Vanila —dijo Roxy.

Me dispuse a cruzar la puerta cuando Roxy me frenó antes de poder tocar el pomo.

—Vanila exige que cualquier persona que entre en su sala, lo haga desnuda —dijo Roxy.

—¿Perdona? —pregunté.

—En el Purple Rain respetamos los deseos de nuestros clientes —dijo Roxy.

—Ya —dije—. Aplícale el cuento a los empleados, pero yo no voy a pasar por ahí.

—Lo lamento, pero si no está dispuesta a aceptar las reglas de la señora Vanila, no puedo dejarla pasar —dijo Roxy.

—Muy bien —dije—. ¿Y qué va a pasar a continuación? ¿Vas a llamar a los seguratas?

—Solo si es necesario —dijo Roxy.

—Te voy a decir lo que va a pasar —dije amenazante—. Vas a dejarme entrar sin condiciones. No sé si eres consciente de lo que Osaka Corp podría hacer si me impides hacer mi trabajo.

—Me hago una idea —respondió Roxy.

—No lo creo —dije—. Porque de ser así sabrías que Osaka Corp podría comprar este sitio y convertirlo en su plaza de recreo.

—¿Osaka Corp haría eso por no poder contactar con Vanila siguiendo sus condiciones? —preguntó Roxy.

—Contactar con Vanila no es el mayor de los problemas de Osaka Corp —respondí—. Pero hablar con ella es crucial. Si no lo hago, quién sabe lo que estarían dispuestos a hacer para conseguir lo que quieren.

Roxy me sostuvo la mirada. Me sentí inspeccionada, como si se intentara descubrir si iba en serio. No vacilé en ningún momento.

—Está bien —dijo Roxy—. Solo espero que Vanila no planteé ninguna queja respecto a esta situación.

—Tranquila —dije—. Estoy segura de que se alegrará de ver a una vieja amiga.

Crucé la puerta sin que Roxy se interpusiera. Al entrar, vi una imagen que parecía sacada del cuadro creado por el pintor más cachondo de la historia. Decenas de personas desnudas, de todos los colores y tamaños, teniendo sexo unos con otros. Y, en el medio de aquel cuadro, se encontraba Vanila. Estaba usando un cuerpo de cabello rubio y de proporciones perfectas. Parecía el cuerpo de una diosa griega.

—No sabía que ahora tu hobbie era representar orgías romanas —dije proyectando mi voz a través de los gemidos.

Supuse que no muchos me habían escuchado. Si lo habían hecho, decidieron pasar de mí y seguir a lo suyo. Sin embargo, Vanila me miró.

—Vamos a tomar un descanso —dijo Vanila.

—Pero todavía no hemos terminado la sesión de tres horas —dijo una de sus acompañantes.

—Lo sé —respondió Vanila—. Vamos a descansar igualmente.

—¿Mismos cuerpos para la siguiente sesión? —preguntó otro de sus acompañantes.

—No, quiero cuerpos más grandes —respondió Vanila—. Me apetece algo fuerte.

Los acompañantes de Vanila se marcharon por una puerta, dejando la habitación para nosotras solas. Vanila decidió seguir desnuda.

—¿Quién eres? —preguntó Vanila.

—¿No reconoces a una vieja amiga? —respondí.

—Tengo muchas viejas amigas, pero no hay muchas que se atrevan a interrumpir mis orgías —dijo Vanila.

—Entonces ya te imaginas quién puedo ser —dije.

—Déjame adivinar —dijo Vanila—. ¿No serás la persona que me dejó con las ganas en Bucarest?

—La misma —dije.

—Se supone que estás muerta —dijo Vanila.

—¿Y tú te lo has creído? —pregunté.

—¿Mi amiga Kiyoko muerta por una explosión en su piso? —preguntó Vanila—. Hay que ser ingenuo para creerse esa mentira.

—No es tan raro —dije—. Tu pequeño invento no está funcionando como debería. Yo podría ser una víctima más.

Vanila no respondió. Su expresión denotaba una seriedad propia de alguien que no quiere hablar.

—Pensaba que después de tanto tiempo te alegrarías de verme —dije.

—Tal vez —dijo Vanila—. Pero tú no estás aquí por nuestra amistad, ¿me equivoco?

—Tienes razón —respondí—. Estoy aquí por Osaka Corp.

—Que se vayan al infierno —dijo Vanila.

—Todavía no te he dicho por qué me envían —dije.

—No hace falta —respondió Vanila—. Ya sé lo que quieren. Y no es posible.

—Escucha, sólo quieren que lances una actualización —dije en tono comprensivo—. No les gusta que la gente se esté muriendo.

—Las muertes les dan igual, sólo se preocupan por las ventas —dijo Vanila.

—Es posible, pero en cualquier caso una actualización sería buena para todo el mundo —dije.

—No es tán fácil —respondió Vanila.

—Ya sé que crees que la tecnología de los cuerpos sintéticos no tiene fallos, pero...

—La tecnología actual de los cuerpos sintéticos representa mi visión sobre una idea —dijo Vanila—. Se podrían realizar infinitas actualizaciones, pero dejaría de ser mi visión.

—Lo entiendo, pero está claro que las muertes están provocadas por una vulnerabilidad —dije—. ¿No podrías arreglarlo?

Vanila se tomó unos segundos antes de responder.

—Podría hacerlo —dijo Vanila mirándome con cara sugerente—. A cambio de un favor...

—No trabajo con mi cuerpo —dije.

—Venga, sé que tienes ganas desde lo de Bucarest —dijo Vanila—. Deja de hacerte de rogar.

—No mientras esté trabajando —dije.

—Qué aburrida... —exclamó Vanila—. Con las ganas que tenía de hacer esa actualización.

—No juegues conmigo —dije—. Te conozco, sé cuando estás de farol.

Vanila no respondió.

—¿Qué es lo que no me estás contando? —pregunté—. ¿Por qué no quieres hacer la actualización?

—Ya te he dicho que no es tan fácil —dijo Vanila.

—¿Me estás diciendo que la inventora de los cuerpos sintéticos no es capaz de solucionar un bug? —pregunté.

—No es ningún bug —respondió Vanila—. El funcionamiento normal de los cuerpos sintéticos es infalible.

—¿Y dónde está el problema? —pregunté.

—En la marca biológica —respondió Vanila.

—¿Cómo dices? —pregunté con sorpresa.

—Lo que oyes —respondió Vanila—. La marca biológica es la puerta trasera de los cuerpos sintéticos. Se supone que debería ser infranqueable, pero no es verdad.

—Explícate —dije.

—Las muertes no han sido provocadas por un fallo —dijo Vanila—. Las muertes han sido provocadas por alguien.

—¿Quieres decir que esas personas han sido asesinadas? —pregunté.

—Exacto, eso es justo lo que ha pasado —respondió Vanila.

—Pero eso no es posible —exclamé—. Se supone que para asesinar a alguien habría que romper el blindaje del cerebro.

—Lo sé —dijo Vanila—. Y también sé que eso es teóricamente imposible. Hemos usado ordenadores cuánticos para realizar los cálculos de millones de pruebas y simulaciones. En todas ellas, el blindaje era impenetrable.

—¿Y cómo es posible que alguien lo haya podido penetrar? —pregunté.

—Ya te lo he dicho —dijo Vanila—. Por la marca biológica. Alguien se la ha saltado, desactivando la protección del cerebro.

—¿Alguien? —pregunté—. ¿Quién?

—No lo sé —dijo Vanila—. Ese es el problema. Si supiera quién es, ya le habría investigado para sacarle información.

—No te veo muy preocupada —afirmé—. Se te ve muy tranquila en esta habitación.

—¿Te crees que es agradable que destrocen tu creación? —preguntó Vanila.

—Venga, seguro que lo de la marca biológica no es nada que no puedas solucionar —respondí.

—No me refiero a eso —dijo Vanila—. No me preocupan las muertes, me preocupan las personas. Creé esta tecnología como una cura para tantas enfermedades que afectan a nuestros

cuerpos biológicos. He salvado y prolongado la vida de incontables personas. Pero el ser humano ha demostrado ser alucinantemente estúpido. Les das el remedio a sus problemas y lo pervierten hasta el extremo.

—No sé si te entiendo —dijo.

—Claro que me entiendes —dijo Vanila—. ¿Crees que la gente utiliza esta tecnología de forma responsable? No, en absoluto. Están tan cegados por las posibilidades, que son incapaces de agradecer las ventajas de mi tecnología. En lugar de eso, deciden usarla para todo tipo de perversiones. Por mí se pueden morir todos.

—¿Y no te estás pervirtiendo tú también al encerrarte en un burdel y vivir para el sexo? —pregunté.

—Tienes razón, tal vez no sea tan distinta de ellos —respondió Vanila—. Pero no me queda nada. Cuando me llegó la amenaza de los asesinatos, no le di importancia. Y ahora, ¿qué me queda? Mi mayor logro siempre ha sido que mi sistema era impenetrable. Ahora, ni siquiera tengo eso.

—Un momento, ¿cómo que te llegó una amenaza? —pregunté—. ¿Quién te avisó?

—Un tipo me mandó algunos mensajes amenazantes —respondió Vanila—. Nada del otro mundo, pensaba que era un pirado más que se escondía detrás del anonimato para intentar intimidarme. Sin embargo, estos mensajes tenían algo distinto. No parecían escritos por ningún loco, sus argumentos eran muy razonables.

—¿Por qué te llaman la atención los mensajes de esta persona? —pregunté.

—Porque me avisó de la primera muerte —respondió Vanila—. No hice caso de nada de lo que me dijo, hasta que se cumplió su predicción.

—Necesito ver esos mensajes —dije.

—Imposible, se borraban conforme me llegaban —dijo Vanila.

—¿Estás de broma? —pregunté.

—No me culpes a mí —respondió Vanila—. Me llegan cientos de mensajes al día. Tengo un sistema automático que borra los mensajes irrelevantes.

—Está bien, ¿hay alguna forma de rastrear los mensajes borrados? —pregunté.

—Ya lo he intentado, pero nada —respondió Vanila—. Quien sea que los escribiera se aseguró de no dejar rastro.

—Vanila necesito algún hilo del que tirar —dije—. ¿Dónde ocurrió la primera muerte?

—En el Fight Club —respondió Vanila—. Me llamaron para investigar el cuerpo. Tenía el cerebro hecho papilla y las cuencas de los ojos estaban vaciadas como si hubieran sido arrancadas con cucharas.

—¿Cómo llevaron a cabo el asesinato? —pregunté.

—No lo sé —respondió Vanila—. El cuerpo era de una de las luchadoras del Fight Club. Cuando cayó al suelo pensaron que había perdido la pelea. La realidad era que se había muerto. No lo supieron hasta que intentaron transferir su cerebro a un nuevo cuerpo.

—¿Cómo se murió? —pregunté.

—Imposible de saber —respondió Vanila—. Cuando investigué el cuerpo, no vi rastros ni marcas de nada. Salvo de una cosa en concreto. Dentro de su cabeza se habían producido pequeñas explosiones. Algo irrelevante para la protección del blindaje químico. Pero teniendo en cuenta que la marca biológica fue desactivada, la protección se vino abajo.

—¿Y eso no te da pistas de cómo pudo hacerlo? —pregunté.

—Ojalá —respondió Vanila—. El problema es que no tengo ni idea de cómo se pudo saltar la marca biológica.

—Tal vez pudo desencriptar la clave —sugirió.

—Fue una de mis primeras hipótesis, pero la descarté en seguida —dijo Vanila—. La clave es técnicamente perfecta. Ni siquiera yo sabría cómo alterar la encriptación. Ese es su nivel de sofisticación.

—No es mucho lo que tenemos —dije.

—La verdad es que no —dijo Vanila—. Si fueras capaz de encontrar al causante de las muertes, le podría interrogar para obtener la información que necesito.

—Lo que me pides es complicado —respondí—. Se supone que estoy muerta. Mi trabajo era convencerte para que desarrollaras una actualización. Si tiro del hilo puedo tener problemas.

—Si te rajas, probablemente busquen a otro fixer para encontrar al asesino. —dijo Vanila—. Pero yo no confío en otro fixer que no seas tú. Ambas sabemos lo que te ha ofrecido Osaka Corp, una nueva marca biológica. Para darte esa marca biológica necesito que me traigas al asesino. No hay otra forma.

Lo cierto era que no había aceptado este trabajo por la marca biológica. Me encantaba mi vida como fixer, y tener que renunciar a ella no era fácil. Acepté el trabajo de Osaka Corp porque quería volver a sentir lo que era trabajar como fixer. Me habían encargado un trabajo sencillo y, si además eran capaces de darme una nueva marca biológica, yo estaría muy agradecida. Sin embargo, ahora tenía que tirar de un hilo que probablemente me llevaría a una situación peligrosa. No sabía si quería correr el riesgo, ¿pero qué opción me queda? Me negaba a pasar el resto de mis días trabajando de camarera.

—Está bien, te traeré al asesino —dije mientras me giraba hacia la salida.

—¿A dónde vas? —preguntó Vanila.

—Al único sitio del que puedo tirar del hilo —respondí—. Al Fight Club.

Capítulo 4: Fight Club

Entré en el Fight Club. Era un local de copas, pero el espectáculo principal era la lucha entre peleadoras. Noté el olor a alcohol y sudor que flotaba en el aire. Las luces estaban tenues, creando un ambiente tenebroso que se ajustaba a la atmósfera del lugar. La multitud estaba agitada, gritando y aplaudiendo en anticipación a lo que estaba a punto de suceder.

Estaba allí para hablar con Nate, el dueño del Fight Club. El primero de los asesinatos había ocurrido en este local. Vanilla investigó el cadáver, pero no logró averiguar nada. Necesitaba información y sólo me la podía proporcionar una persona. Ese era Nate, si alguien sabía algo tenía que ser el dueño del Fight Club.

—Vengo a hablar con Nate —le dije a un camarero en la barra.

—¿Te está esperando? —preguntó el camarero.

—No, pero me manda Osaka Corp —dijo mientras enseñaba mi pase Osaka.

—Ahora mismo está reunido con un par de personas, pero podrás hablar con él cuando salgan por esa puerta —dijo el camarero mientras señalaba una esquina del local.

Afiné mi vista y pude distinguir una escalera que subía hasta una elegante puerta. Al lado de la puerta, había un gran ventanal a través del cual se veía el despacho de Nate. Era complicado ver a través del cristal, pero se podían distinguir tres figuras observando el local. Una de esas personas me llamó la atención. Era un hombre corpulento con una cicatriz en el rostro. Su mirada era fría y calculadora, y parecía estar disfrutando del espectáculo tanto o más que la multitud de abajo. Ese debía de ser Nate.

Para matar el tiempo, pedí una copa y me dirigí hacia la zona circular iluminada en el centro del local. Allí se encontraban dos mujeres que estaban a punto de enfrentarse en una pelea mortal. Eran gigantescas, y tenían cuerpos sólidos y musculosos. Desafiaban cualquier estereotipo de género. Una llevaba un traje negro de piel sintética, con botas y guantes que parecían diseñados para el combate. La otra mujer estaba cubierta de tatuajes y llevaba puesto un traje de lucha libre plateado que brillaba bajo las luces de neón.

Los rostros de las mujeres estaban enmascarados por la concentración, completamente sumergidos en el combate. De pronto, todo estalló en una mezcla de gruñidos, golpes y patadas. La multitud se volvió loca, mientras las dos mujeres se

golpeaban y pateaban entre sí con una ferocidad propia de los animales.

Los sonidos del combate llenaban el aire. La multitud parecía volverse loca de euforia con cada golpe. Las dos mujeres se movían alrededor del círculo de combate. El sudor corría por sus rostros y sus cuerpos. Sus respiraciones eran cortas y agudas. El combate se prolongó en un intercambio de golpes que no decantaba la balanza hacia ningún lado.

La luchadora de los tatuajes lanzó un repentino golpe que la otra no vió venir. Y entonces, en un momento, todo terminó. Una de las mujeres se desplomó en el suelo, y la multitud se quedó en silencio por un instante antes de estallar en aplausos y vítores.

Era un espectáculo brutal y aterrador, pero también emocionante e hipnótico. Esto era lo que significaba la diversión para los que venían a este lugar. Definitivamente, el mundo se había convertido en un lugar muy jodido.

Vi como dos personas salían del despacho de Nate y me dispuse a subir las escaleras. Crucé la puerta y Nate me miró con expresión fija.

—¿Quién eres? —preguntó Nate.

—Soy Yoko —respondí—. Me envía Osaka Corp.

—Seas quien seas ahora no es el momento —dijo Nate—. No estoy de humor.

—¿Cuál es el problema? —pregunté.

—Resulta que una de mis luchadoras se ha rajado —dijo Nate—. Me acabo de quedar sin combate estrella para esta noche.

—Me dedico a solucionar problemas —dije—. ¿Tal vez podría convencerla?

—Lo dudo —dijo Nate—. Está cagada. Tiene miedo de que su cuerpo sea uno de esos que están defectuosos. No quiere pelear por si corre el riesgo de morir.

—Entiendo —dije—. Definitivamente tienes un problema.

—Pues sí —dijo Nate—. Espero que los de Osaka Corp no me den otro problema ¿Qué es lo que quieren?

—Necesitan algo que sólo tú puedes proporcionar —respondí.

—Escucha, ya le dije a ese directivo que le organizaría el combate que me pidió —dijo Nate—. Pero necesito algo más de tiempo.

—No estoy aquí por eso —respondí.

—¿Ah no? —preguntó Nate—. ¿Y por qué has venido?

—Por la luchadora que murió en combate —respondí.

—Ah sí —dijo Nate—. ¿Cómo se llama? ¿Shera? ¿Nathy? Como sea. ¿Qué necesitas saber?

—Quiero saber cómo murió —respondí.

—Sencillo, su cuerpo estaba defectuoso —dijo Nate—. Su cabeza no soportó el derechazo de su rival. Murió antes de caer al suelo. Fue una muerte limpia.

—Aquella luchadora no murió porque su cuerpo estuviera defectuoso —dije.

—¿Cómo que no? —preguntó Nate—. ¿De qué otra forma iba a haber muerto?

—Asesinada —respondí.

—Eso no es posible —dijo Nate—. Los asesinatos no existen para las personas que usan cuerpos sintéticos. Lo que pasó fue un accidente provocado por los defectos de su cuerpo sintético.

—La mejor ingeniera de Osaka Corp asegura que alguien intervino —dije—. Si ella lo dice, tengo que creerla.

—Eso está muy bien —dijo Nate—. ¿Pero qué pinto yo?

—Eres el dueño de este local —respondí—. Si hubo algo fuera de lo normal aquél día, tú deberías saberlo.

—No sabría decirte —dijo Nate—. La verdad es que mi memoria está un poco oxidada.

—Ya veo, quieres dinero, ¿verdad? —pregunté.

—Qué va, no es eso —respondió Nate—. Pero no voy a trabajar de gratis. Soy un hombre de negocios, y si voy a colaborar con Osaka Corp quiero algo a cambio.

—¿Y no te sirve una compensación económica? —pregunté.

—Tal vez, pero el dinero no es un problema para mí —dijo Nate—. Mi precio sería tan grande que tendrías problemas para conseguir la pasta.

—Entonces, quieres cuerpos —dije—. Las luchadoras del Fight Club cambian de cuerpos constantemente. Pasan de su vida diaria a entrenar, de los entrenos a combatir, y de los combates de vuelta a su vida diaria. Puedo hacer que Osaka Corp te ofrezca un buen trato.

—El trato que tengo ya es lo suficientemente bueno —dijo Nate—. Ya puedes pensar en ofrecerme algo interesante.

Nate sabía que yo tenía pocos hilos de los que tirar. Me estaba presionando para conseguir el mejor trato posible. Había intentado lo más básico, pero no me había funcionado. Si quería convencer a ese hombre, iba a tener que usar otra estrategia.

—La luchadora que te ha fallado —dije—. Puedo sustituirla.

—¿Eso crees? —preguntó Nate.

—Lo tengo claro —respondí—. Tú tienes un problema gordo y yo puedo solucionarlo. A eso me dedico.

—Estas chicas no se andan con tonterías —dijo Nate—. Si te subes a ese ring, te van a descuartizar como si fueras un flan. ¿Cómo me aseguras que vas a durar más de quince segundos?

—Tal vez la que no dure más de quince segundos sea mi adversaria —respondí firmemente.

—Me gusta tu actitud —dijo Nate sonriendo—. Pero la chica a la que te enfrentarías tiene un buen historial. La derrota no está en su vocabulario.

—¿Acaso te importa realmente si pierdo o gano? —pregunté—. Tu problema es que sin luchadora no hay espectáculo. Yo puedo solucionarlo.

—Está bien, supongo que merece la pena arriesgarme —dijo Nate—. Te dejaré pelear, demuéstrame que sabes dar un buen espectáculo. Solo entonces, te daré la información que necesitas.

—Tenemos un trato —dije.

—¿Quieres que te hagamos un cuerpo a medida? —preguntó Nate—. Tenemos toda la maquinaria en una sala a parte.

—No es necesario —respondí.

No es que no quisiera, sino que no podía. Para crear un cuerpo a medida, tendría que usar mi marca biológica. De esta forma, el cuerpo sintético se conectaba mejor a tu cerebro. Eso proporcionaba algunas ventajas, una de ellas era mejorar la respuesta de los sentidos. Pero yo no podía permitirme usar mi marca biológica. De hacerlo, la policía me atraparía en pocos minutos.

—¿Cómo que no? —preguntó Nate—. Estos combates no son ninguna broma.

—Lo sé, pero quiero acabar con esto cuanto antes —dije lanzando un farol—. Me conformaré con un cuerpo de

entrenamiento. Seguro que tienes alguno con una marca biológica blanca.

—Como veas —dijo Nate—. Solo espero que cumplas.

Nate me llevó a una habitación oscura y fría, rodeada de máquinas que zumbaban. Había sido preparada para la transferencia de mi cerebro a un nuevo cuerpo, un cuerpo grande y musculoso, diseñado específicamente para la lucha.

Antes de realizar la transferencia, necesitaba información de mi rival. Aunque no importara si ganaba o perdía, quería hacer bien mi trabajo. Y obviamente intentaría ganar.

—Sydney —dije en mi mente—, ¿qué puedes contarme de mi rival?

—Se llama Xara —respondió Sydney—. Es una luchadora experta, con un largo historial de victorias. ¿Qué es lo que quieres saber de ella?

—Necesito un punto débil —respondí—. Todo el mundo tiene uno, incluso los que solo ganan.

—Entiendo —dijo Sydney mientras procesaba—. Aparentemente Xara no tiene puntos débiles. Según los datos que estoy encontrando, su estilo de lucha es prácticamente perfecto. Siempre toma las mejores decisiones.

—Eso está muy bien, ¿pero cómo se supone que puedo vencerla? —pregunté.

—Ataca su rodilla izquierda —respondió Sydney—. Usará el mismo cuerpo que para su última pelea. Supuestamente, los cuerpos se reparan por completo. Sin embargo, he notado que su rodilla izquierda no está al cien por cien. Deberías notar que su movimiento de piernas no es perfecto.

—No parece fácil, pero lo intentaré —dije—. Dime algo más. ¿Qué temperamento tiene? ¿Se va a cabrear mucho si pierde?

—Xara es una persona impulsiva y confiada —respondió Sydney—. Está acostumbrada a que sus peleas salgan bien. Una vez toma ventaja, es capaz de manejar el ritmo de la pelea hasta finalizarla. Es poco probable, pero en el caso de que perdiera calculo un daño emocional elevado.

—Gracias Sydney —dije—. Tu información siempre es útil.

La transferencia finalmente comenzó. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras me preparaba para lo que venía a continuación. Había pasado por esto antes, me había transferido a todo tipo de cuerpos. Sin embargo, ahora mi marca biológica estaba expuesta.

No me podía transferir a nuevos cuerpos porque para ello necesitaba usar mi marca biológica. Por suerte para mí, Nate tenía cuerpos con marcas biológicas blancas. Cualquier persona podía entrar en ellos sin usar su marca biológica. La pega era que la respuesta de los sentidos no estaba optimizada para el usuario. Tendría que conformarme.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando controlar mis emociones. La transferencia se realizó en un instante. Apenas

pude darme cuenta de que mi cerebro había sido cambiado de un cuerpo o otro. Cuando finalmente abrí los ojos, mi físico había cambiado.

Miré hacia abajo y vi unos brazos musculosos y fuertes, y unas piernas gruesas y poderosas. Era como si hubiera sido transportada a un mundo completamente nuevo. Sabía que no sería fácil adaptarme, pero estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para vencer a Xara y conseguir la información que necesitaba.

—Estoy lista —dije.

—Te llevaré al ring —dijo Nate.

Nate me llevó al círculo. Miré a Xara, estaba al otro lado del círculo. Se veía segura de sí misma. Era alta y musculosa, con brazos y piernas que parecían columnas de hierro. Su piel era de un tono oscuro y llevaba el pelo recogido en una trenza larga. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, y su expresión era fría y calculadora. Vestía un traje de lycra negro que acentuaba su musculatura. Su apariencia física era impresionante, pero yo no me dejaría intimidar por eso. Sabía que tenía que ser ágil y rápida para evitar sus golpes y encontrar una oportunidad de contraatacar.

Subimos al círculo. El público se puso a gritar y a animarnos. Estaban expectantes por lo que estaba a punto de ocurrir. Xara y yo íbamos a pelear hasta que una de las dos no pudiera seguir luchando. Era brutal, pero así eran las peleas en el Fight Club.

Un presentador nos introdujo y el público se emocionó. No teníamos árbitro, no parecía necesario para este tipo de pelea.

—¿Estás lista para morir? —preguntó Xara.

Me estaba provocando. La pelea todavía no había empezado, pero Xara quería llevar a cabo una batalla psicológica. Tenía que contraatacar.

—Habrás podido con muchas, pero no podrás conmigo —respondí—. Soy la muerte y vengo a por ti.

Xara sonrió. Esperaba que me respondiera con alguna barbaridad mayor, pero no lo hizo. Antes de que me diera cuenta, sonó una campana y el combate comenzó. Xara se abalanzó sobre mí con sus puños por delante. Esquivé hacia un lado y aproveché para darle un golpe en el costado. Xara lo recibió sin inmutarse y volvió a acometer contra mí.

Mi rival era una persona decidida y confiada. Sus golpes eran firmes y rápidos. Era difícil defenderse frente a eso, pero lo estaba dando todo. Recordé las palabras de Sydney y lancé una patada a su rodilla izquierda. Xara se resintió e intentó devolver una patada para defenderse. Definitivamente esa era su debilidad.

Me movía siempre hacia la izquierda de Xara e intentaba darle una patada cada vez que podía. Sin embargo, Xara no me lo estaba poniendo fácil. En uno de sus ataques esquivé hacia abajo y pude acertar una patada más fuerte que la anterior. Xara empezó a cojear a partir de ese golpe, pero para mi sorpresa eso no le bajó la moral.

Xara se abalanzó sobre mí, tirándome al suelo. Intentaba agarrarme las extremidades para retorcerlas. Hice todos mis esfuerzos para que no fuera capaz. Comenzó a lanzar puñetazos en mi torso. Desde esa corta distancia, sus golpes parecían martillazos. Era doloroso, pero intenté olvidarme del dolor. En tan solo un instante, Xara tomó la delantera y parecía que iba a llevarse la victoria.

Recordé de nuevo las palabras de Sydney. Me dijo que Xara era una persona confiada, que una vez tomaba la ventaja llevaba el ritmo de la pelea. Pensé en una forma de utilizarlo a mi favor.

Mientras estaba en el suelo, golpeé la cara de Xara. Ella estaba encima y tenía la ventaja, por lo que podía cubrirse fácilmente de mis golpes. Dejé que me contraatacara y fue entonces, que Xara se confió lanzando una serie de golpes salvajes que dejaron su pierna izquierda al descubierto. Me retorcí en el suelo y abracé su pierna debilitada. Entonces, realicé una llave que retorcía su extremidad y la dejaba inmovilizada.

El público se volvió loco. No podían creer lo que sus ojos veían. La novata que había sido elegida como sustituto en el último momento, estaba derrotando a la experta luchadora que tantas victorias tenía. Sin embargo, Xara no se rindió. En esa posición solo podían pasar dos cosas, o se rendía o le destrozaba la pierna. Como Xara no se rindió, retorcí su extremidad hasta que se la partí por completo.

Me levanté suponiendo que Xara había caído presa del dolor. Para mi sorpresa, Xara me miraba desde el suelo. Vi en su cara una expresión de alegría.

—Vamos, remátame —exclamó Xara desde el suelo.

—¿Por qué sonrías? —pregunté.

—Llevaba mucho tiempo esperando este momento —dijo Xara—. No recordaba cómo sabía la derrota y tú me lo has recordado.

Las palabras que salían de la boca de Xara me aterrorizaron. Las decía en un tono prácticamente de locura. No entendía cómo podía existir una persona así. Alguien que vivía para destrozar los cuerpos de sus rivales mientras era observada por un público exaltado. Alguien que no encontraba diversión en otro lugar que no fueran las peleas. Alguien tan perturbado que quería saber lo que se sentía al que destrozaran su cuerpo.

Lancé una fuerte patada recta contra la cara de Xara. Mi rival finalmente cayó. El presentador subió al ring para declararme vencedora. A pesar de los ánimos del público, yo no me estaba cómoda ahí arriba. Abandoné aquel circo tan rápido como pude y fui a hablar con Nate.

—¡Eso ha sido increíble! —exclamó Nate—. Escucha, me vendría muy bien alguien como tú. Si eres capaz de hacer eso todas las noches, te puedo ofrecer un buen contrato.

—Sólo quiero la información —respondí.

A Nate se le borró pronto la alegría de la cara.

—Está bien —dijo Nate—. ¿Qué es lo que quieras saber?

—¿Quién fue el asesino? —pregunté.

—No lo sé —respondió Nate—. Lo único que sé es que el blindaje cerebral de la luchadora falló y se murió.

—Pero no debería haber pasado —dije.

—No, nunca ha pasado y nunca debería pasar —dijo Nate.

—¿Por qué pasó? —pregunté.

—No lo sé —respondió Nate.

—¿No lo sabes? —pregunté—. ¿Me estás diciendo que el dueño del Fight Club no sabe por qué murió una de sus luchadoras?

—Está bien, no hace falta que te pongas así —respondió Nate—. Sé que su marca biológica fue vulnerada y eso le provocó la muerte. Pero no sé por qué ni cómo pasó eso. No creo que tuviera que ver con la pelea.

—¿Por qué lo descartas? —pregunté.

—Porque la pelea fue tan normal como siempre —respondió Nate—. Si pasó algo con el cerebro de la luchadora, probablemente fue antes de la pelea.

—No estoy de acuerdo —dije—. Si la luchadora tuviera un problema con su marca biológica, no habría podido transferirse al cuerpo que usó para pelear. El fallo tuvo que producirse durante el combate.

—Puede ser, pero yo no sé qué fue lo que pasó —dijo Nate.

—¿Estás seguro de que no hubo nada fuera de lo normal? —pregunté—. Necesito cualquier cosa de la que pueda tirar.

—Bueno, ahora que lo dices sí que hubo algo que me llamó la atención —respondió Nate—. La ropa de la luchadora que ganó aquel combate.

—¿Qué pasa con esa ropa? —pregunté.

—Lo normal es que la equipación sea elegida con una semana de antelación —dijo Nate—. Sin embargo, la ropa con la que peleó fue confeccionada aquel mismo día. Además, después de usarla, la empresa de ropa la recogió y se deshizo de ella.

—¿Qué puede tener que ver el asesinato con la ropa de esa luchadora? —pregunté.

—No lo sé —respondió Nate—. Pero es lo único que me llamó la atención.

—Está bien, no es mucho pero me las tenderé que apañar —dije—. ¿Cómo se llama la empresa encargada de las equipaciones de las luchadoras?

—Next Clothes —respondió Nate—. Alex es el jefe de la sección deportiva.

—De acuerdo —dije abandonando la conversación.

Tenía que hablar con Alex cuanto antes. Había muchas cosas que no tenía claras todavía, pero sabía que tenía que ir a por él.

—Sydney —dije en mi cabeza—, ¿dónde puede encontrar a ese tal Alex?

—Se me ocurre que estará en su oficina —respondió Sydney—. ¿Crees que él es el asesino?

—Es posible —respondí—. No lo tengo claro, pero es el único hilo del que puedo tirar. ¿Estás segura de que estará en su oficina?

—¿Por qué lo dudas? —preguntó Sydney.

—Porque este tío es un jefazo de una compañía importante —respondí—. Es el tipo de persona que suele tener algún vicio que le hace sentir vivo. Quiero que me digas cuál es el de Alex.

—Según mi información, Alex suele frecuentar el No Limit Buffet —dijo Sydney—. Es un sitio donde puedes comer todo lo que quieras.

—De acuerdo —dije—. Ahí es donde iremos, al No Limit Buffet.

Capítulo 5: No Limit Buffet

Entré en el No Limit Buffet. No tardó en golpearme el olor de comida rancia y grasienta que flotaba en el aire. El negocio del No Limit Buffet era la comida, pero no había nada que pareciera fresco o apetitoso. Las mesas y las sillas estaban cubiertas de manchas pegajosas y los platos en las estaciones de comida parecían haber estado allí durante horas.

La multitud que se apiñaba alrededor del buffet parecía más una manada de animales hambrientos que personas. Todos se empujaban y se apresuraban para llenar sus platos con montañas de alimentos grasientos y poco saludables. No había conversaciones ni risas, solo se oía el sonido de la gente masticando y engullendo la comida.

No me encontraba en el No Limit Buffet por gusto. Tenía que encontrar a Alex, pero entre tanto cuerpo sintético me iba a costar localizarlo. Cogí un plato con algo de comida para pasar desapercibida.

—Sydney —dije en mi mente—, necesito encontrar a Alex.

—Lo suponía —respondió Sydney—. He comparado mis datos con los cuerpos que hay en este local. No he encontrado coincidencias.

—¿Eso quiere decir que Alex no está aquí? —pregunté.

—No sabría decírtelo con seguridad —respondió Sydney—. Es posible que esté usando un cuerpo sintético que no esté almacenado en mis datos.

—Está bien, vamos a intentarlo —dije—. ¿Qué tipo de persona es Alex? ¿Qué cuerpo se pondría?

—Según mi información, Alex es una persona de género no binario que va cambiando de tipo de cuerpo conforme según se sienta —respondió Sydney.

—No me jodas —exclamé—. Eso complica mucho las cosas.

—Tal vez —dijo Sydney—. Pero mi sistema recomienda varias ayudas. Se sabe que Alex tiende a usar cuerpos andróginos. Es decir, cuerpos que podrían identificarse tanto de hombre como de mujer.

—De acuerdo, limita los cuerpos de este local a los que puedan entrar en esa definición —dije.

—Hecho —dijo Sydney—. La lista se ha reducido a diecisiete personas.

—Son demasiadas —dije—. Analiza la composición de esos cuerpos y reduce la lista a los que sean de mayor calidad. Alex es una persona de recursos, no creo que vaya por ahí usando cuerpos sintéticos de baja calidad.

—Está bien —dijo Sydney—. He reducido la lista a tres personas.

—No está mal —dije—. Pero necesito algo más. ¿Dónde están situados esos tres cuerpos?

—Uno de ellos está en una gran mesa acompañado de muchas personas —dijo Sydney—. El otro está en una mesa acompañado de otra persona. Y el último está en una mesa solitaria.

Miré a mi alrededor intentando encontrar el último cuerpo que Sydney me había descrito. Lo vi, estaba al fondo del local.

—Gracias Sydney —dije—. Creo que lo tengo.

Me acerqué a la mesa. En ella, había una solitaria persona que estaba inmersa en su comida. Usaba un cuerpo grande y ancho. La expresión de sus ojos reflejaban decadencia. Era una persona que sabía que se estaba autodestruyendo. Veía alegría en su expresión, pero era el tipo de alegría que sabes que te hace daño. Me senté en la mesa y entonces Alex me miró.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Yoko —respondí—. Me envía Osaka Corp.

—Ya, ¿a quién se supone que busca Osaka Corp?

—A Alex —respondí—. Jefe de la sección de ropa deportiva de Next Clothes.

—Ese soy yo —respondió Alex—. Pero se supone que con este cuerpo nadie debería reconocerme.

—Reconozco que me lo has puesto difícil —respondí—. Pero hago bien mi trabajo.

—Está bien —dijo Alex—. ¿Qué es lo que quieras?

—¿Te acuerdas del combate del Fight Club donde murió una luchadora? —pregunté.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Alex.

—Quiero saber qué hiciste para matarla —respondí.

—¿Perdona? Esa es una acusación muy grave —dijo Alex.

—No tengo tiempo que perder —respondí—. A esa luchadora la mataron durante el combate. Lo único fuera de lo normal fue la forma en la que se gestionó la ropa de la luchadora que ganó. Quiero respuestas.

—Tranquila, no es necesario que te alteres —dijo Alex—. Estoy dispuesta a colaborar.

Miré a Alex sin mutar mi expresión.

—Verás, yo ni siquiera me encargo de la ropa que usan las luchadoras —dijo Alex—. Tengo todo un equipo de empleados que llevan esos temas.

—Entonces sabrás quién fue el encargado de la equipación aquel día —dijo.

—Claro que lo sé —dijo Alex—. Pero no pienso delatar a uno de mis empleados.

—A ti eso te da igual —afirmé—. Eres como todos, quieres algo a cambio de la información que tienes.

—Chica lista —dijo Alex—. Al final va a resultar que sí que eres buena en lo que haces.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

—¿Qué me puedes ofrecer? —preguntó Alex.

—Mis servicios —respondí—. Me dedico a solucionar problemas. Seguro que hay algo que puedas hacer por tí.

—La verdad es que tengo la vida bastante resuelta —dijo Alex—. No sé qué podría necesitar.

—Estoy convencida de que hay algo que podría ayudarte en algo —dije.

—Es posible —dijo Alex—. En la empresa quieren aumentar los ingresos con respecto al año anterior. Si no aumentamos la facturación se considera que estamos en pérdidas. ¿Te lo puedes creer?

—Creo que podría ayudarte en tu sección —respondí—. Tengo experiencia renegociando contratos. Podría hablar con los

empresarios a los que tu empresa patrocina para mejorar el acuerdo.

—Next Clothes ofrece acuerdos muy buenos a los empresarios —dijo Alex—. Es por eso que estamos en todos lados. Si los acuerdos se renegocian es posible que perdamos patrocinios.

—No hace falta que estéis en todos lados —respondí—. Si perdéis un veinte por ciento de los patrocinios, pero se reducen los costes en mayor proporción, la suma total saldrá positiva. Además, al tener menos patrocinios podéis venderos como una marca más exclusiva, elevando el precio de venta de vuestros productos y aumentando la facturación.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Alex.

—No sería la primera vez que lo hago —respondí—. ¿Te suena Zibatsu Motors?

—Sí, sé que pasaron de ser unos don nadie a competir con los mejores fabricantes de motores —respondió Alex.

—Fue gracias a mí —afirmé—. Moví sus fábricas a terrenos nacionales y conseguí financiación para la producción de sus motores. Desde entonces, adoptaron otra estrategia de marketing y la empresa subió como la espuma.

—Si lo que dices es verdad, Next Clothes estará encantado de trabajar contigo —dijo Alex.

—Tenemos un trato —respondí—. Pero antes necesito la información. Quiero el nombre del empleado que se encargó de la equipación de aquel combate.

—¿No podemos hacerlo al revés? —preguntó Alex—. Tú haces tu trabajo con mi empresa y luego te doy el nombre.

—Me temo que no es posible —respondí—. Como te he dicho tengo prisa, y el plan que te he planteado llevaría demasiado tiempo.

—Está bien, voy a tener buena fe —dijo Alex—. El empleado se llama Jeff. Es una persona bastante común, la verdad es que no sé qué motivos tendría para querer asesinar a nadie.

—Eso ya lo averiguaré —dije—. ¿Dónde puedo encontrar a Jeff?

—No lo tengo claro, hace tiempo que no se pasa por la oficina —respondió Alex—. Según tengo entendido, lleva un tiempo encerrado en el Black Lotus. ¿Lo conoces?

—¿El Black Lotus? —pregunté—. ¿Ese no es el local de tortura?

—Exacto —respondió Alex.

—¿Cuánto tiempo lleva allí encerrado? —pregunté.

—Pues desde su último trabajo —respondió Alex.

—¿Su último trabajo? —pregunté—. ¿No sería el combate en el que la luchadora murió?

—Pues sí, ahora que lo dices —respondió Alex—. ¿Crees que tiene algo que ver?

—Es posible —respondí—. Hay algo que no me huele bien, y no es esta comida pocha.

Me levanté de la mesa.

—¿Ya te vas? —preguntó Alex—. Estaba disfrutando de tu compañía.

—Tengo que irme —respondí—. Creo que estoy llegando a algo. Tal vez esté cerca de encontrar a la persona que busco. Tengo que ir al Black Lotus.

Capítulo 6: Black Lotus

Entré en el Black Lotus. Estaba allí porque necesitaba encontrar a Jeff. Él era la persona que se había encargado del equipamiento del Fight Club la noche en la que una de las luchadoras murió. No tenía ninguna prueba clara, pero este era el único hilo del que podía tirar. Además, mi instinto me decía que estaba en el sitio correcto.

Sentí una punzada de miedo al entrar en el local de tortura. La puerta se cerró detrás de mí y la oscuridad me envolvió. El aire era húmedo y pesado, y había un olor extraño que flotaba en el ambiente. Estaba en un lugar donde la gente pagaba para cumplir sus fantasías más oscuras.

Las paredes estaban cubiertas de herramientas y artefactos de tortura, y había manchas de sangre en el suelo y en las paredes. La gente estaba en las salas de tortura, atada y desnuda, sufriendo a manos de sus torturadores. Podía escuchar sus gritos

y gemidos de dolor, y me estremecí al pensar en lo que podrían estar sufriendo.

La mayoría de las personas que vi eran hombres, pero había algunas mujeres también. Eran jóvenes y hermosas, pero estaban cubiertas de moretones y cicatrices. Al poder cambiar de cuerpo, no tenían miedo de someterse a las torturas más duras. El daño físico era la droga de estas personas, lo que les hacía sentirse vivas. Algunas de ellas lo hacían por placer, mientras que otras lo hacían por dinero.

En el Black Lotus la gente pagaba tanto por ser torturada como por torturar. No tenía claro cuál de los dos casos me daba más pena, pero sabía que para que alguien pudiera cumplir sus deseos de torturar, tenía que haber otra persona que se dejara torturar a cambio de dinero. El mundo era un lugar jodido, y el Black Lotus era la guinda del pastel.

Le pregunté a uno de los trabajadores por Jeff. El trabajador me lo puso fácil y me llevó hacia una sala de descanso. Dentro de la sala, había una mesa rectangular acompañada por unas sillas. En la mesa sólo había una persona. Deduje que era Jeff. Me acerqué a la mesa y me senté en una silla en frente de Jeff.

—¿Quién eres? —preguntó Jeff.

—Vengo a hablar contigo —respondí.

—¿Eres policía? —preguntó Jeff.

—No —respondí—, vengo por Osaka Corp.

—Casi hubiera preferido que fueras policía —dijo Jeff.

—¿Te da miedo Osaka Corp? —pregunté.

—¿Que si me da miedo la mayor empresa de cuerpos sintéticos del mundo? —preguntó Jeff—. Claro que me da miedo. ¿Estoy en peligro?

—Eso depende —respondí.

—¿De qué depende? —preguntó Jeff.

—De lo que estés dispuesto a colaborar —respondí—. Estoy buscando a alguien. No tengo claro si eres tú, pero si me respondes a unas preguntas saldremos de dudas.

Jeff se quedó pensando durante un instante. Su expresión era la de alguien que tenía miedo. Probablemente era la persona a la que estaba buscando. Aunque Jeff no estuviera dispuesto a colaborar, yo iba a cumplir con mi trabajo de fixer. Incluso si eso significaba tener que usar la fuerza.

—Está bien —dijo Jeff finalmente—. Yo no tengo ningún problema en hablar, pero aquí las paredes tienen oídos.

Jeff dirigió su mirada hacia la esquina superior de la sala de descanso. Ahí había una cámara. Jeff tenía miedo de que nos escucharan.

—Sydney —dije en mi cabeza—, blinda la habitación. No quiero que nadie sepa lo que pasa aquí dentro.

—De acuerdo —dijo Sydney—. Hecho.

—Acabo de blindar la habitación —dije en voz alta—. Cualquier conversación que tengamos se quedará entre tú y yo.

—No estoy seguro de eso —respondió Jeff—. Hay mil formas de estar en todos lados.

—Te lo puedo asegurar —dije—. He usado una de las inteligencias artificiales más potentes del mundo. La habitación está completamente blindada.

—Es posible —dijo Jeff—. Pero, ¿por cuánto tiempo?

—Por el tiempo suficiente, siempre y cuando no nos entretengamos —respondí—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—La verdad es que llegados a este punto, ya nada debería preocuparme —respondió Jeff—. Pero lo cierto es que estoy nervioso.

—Vamos al grano —dije.

—Está bien —dijo Jeff—. ¿Qué es lo que estás buscando?

—La verdad —respondí—. ¿Qué le pasó a la luchadora que murió en el Fight Club?

—¿Qué tengo yo que ver con que la luchadora muriera? —preguntó Jeff.

—Tú te ocupabas de la equipación aquel día —respondí.

—¿Y por qué iba a tener eso algo que ver con su muerte? —preguntó Jeff.

—Eso es lo que intento averiguar —respondí—. La ropa de las luchadoras se prepara con una semana de antelación. Sin embargo, aquel día la ropa se preparó de forma irregular.

—Bueno, pudo haber sido un cambio de última hora, ¿no? —preguntó Jeff.

—Sí —respondí—, pero lo que no me cuadra es que después del combate la ropa desapareciera.

Jeff tardó unos segundos en responder.

—Tienes razón, ese es motivo suficiente como para sospechar —respondió Jeff.

—¿Me estás vacilando? —pregunté seria.

—Está bien, vamos a dejarnos de tonterías —respondió Jeff—. Me has pillado, lo reconozco. Eres buena en tu trabajo. Probablemente, alguien como Jeff debería intentar salvar la situación. Pero sinceramente, estoy cansado.

—¿A qué te refieres? —pregunté—. ¿Qué quieres decir con alguien como Jeff?

—Me refiero a que yo no soy Jeff —respondió Jeff—. Puede que use su nombre y su cuerpo, pero no soy él.

—¿Y quién eres? —pregunté.

—Soy un pobre desgraciado, esa es la verdad —dijo Jeff.

—No te estoy siguiendo —dije.

—Permíteme rebobinar un segundo —dijo Jeff—. Osaka Corp te ha contratado por el problema de los cuerpos defectuosos, ¿verdad?

—Se podría decir que sí —respondí.

—También se podría decir que en realidad esos cuerpos habían sido víctimas de asesinatos —dijo Jeff.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunté.

—Intuyo que has hecho bien tu trabajo y que estás a punto de dar con la persona que buscas —respondió Jeff—. Pero todavía te falta la última pizca de información.

—Y tú me la puedes proporcionar —dije.

—Exacto —respondió Jeff.

—Está bien —dije—. ¿Qué quieres a cambio?

—Nada —respondió Jeff.

—¿Nada? —pregunté—. ¿Estás seguro?

—Lo cierto es que ya nada me importa —respondió Jeff.

—Eres una de las personas más raras que he conocido —afirmé.

—Me lo tomaré como un cumplido —dijo Jeff.

—Quiero saber quién mató a la luchadora —exclamé.

—Lo hizo Jeff —respondió Jeff.

—Osea que lo hiciste tú —dije.

—Se podría decir —dijo Jeff—. Pero ya te he dicho que yo no soy Jeff.

—¿Y dónde está Jeff? —pregunté.

—Jeff está muerto —respondió Jeff.

—Si Jeff está muerto, ¿con quién estoy hablando? —pregunté.

—Con la persona que ha suplantado su identidad —respondió Jeff.

—Eso no es posible —afirmé—. Para suplantar su identidad tendrías que replicar su marca biológica.

—Exacto —respondió Jef—. Eso es justo lo que he hecho.

—No me lo creo —dije—. ¿Cómo lo has hecho?

—Yo no lo he hecho —respondió Jeff—. Lo ha hecho la mente maestra.

—¿La mente maestra? —pregunté.

—Sí, yo sólo soy una marioneta —respondió Jeff—. Verás, puede que yo matara a la luchadora aquella noche. Pero el asesino es otra persona.

—¿Entonces reconoces que la luchadora fue asesinada? —pregunté.

—¿Por qué iba a negarlo? —preguntó Jeff.

—Cuéntame cómo pasó —dije—. Los cuerpos sintéticos deberían estar blindados frente a cualquier peligro.

—Tú lo has dicho, deberían —dijo Jeff—. La realidad es que los cuerpos sintéticos tienen vulnerabilidades, como cualquier sistema.

—¿Qué tuvo que ver la equipación con la muerte de la luchadora? —pregunté.

—La equipación llevaba una especie de virus —respondió Jeff—. Nanotecnología programada para insertarse en el cerebro y romper la marca biológica desde dentro.

—¿Cómo funciona este virus? —pregunté.

—La verdad es que no lo sé —respondió Jeff—. Ya te he dicho que yo sólo soy la marioneta.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—¿Qué por qué lo hice? —preguntó Jeff—. No lo sé. Supongo que me dejé convencer por la mente maestra. La verdad es que no le costó mucho.

Escuché un sonido en mi cabeza. Sydney se estaba intentando comunicar conmigo.

—La protección de la habitación está cayendo —dijo Sydney en mi cabeza.

—Tenemos que ir al grano —dije—. ¿Quién es la mente maestra?

Jeff no respondió al instante. Su expresión había cambiado.

—Si respondo a esa pregunta, moriré —dijo Jeff.

—Entiendo —dijo—. Podemos buscar una solución.

—No, no es necesario —dijo Jeff—. En el fondo, es lo que deseo. Hace tiempo que mi vida dejó de tener sentido. He intentado quitarme la vida por mí mismo, pero la tecnología de los cuerpos sintéticos no me lo ha permitido.

—Está bien, lo comprendo —dijo—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Algo que tengas pendiente?

—No —respondió Jeff—. Mi vida es triste y solitaria. Lo único que quiero es descansar.

—Lamento escuchar eso —dijo.

—No te preocunes, me da cierta satisfacción ayudarte a encontrar a la persona que buscas —dijo Jeff—. La mente maestra es Lexa, la dueña de este local de tortura. Ella es la persona que ha desarrollado la tecnología que está matando a los usuarios de cuerpos sintéticos.

—La protección de la habitación ha caído —dijo Sydney.

—Suerte con todo —dijo Jeff con una sonrisa en la cara—. Y ten cuidado. Gracias por tu visita, ahora finalmente podré descansar.

Los ojos de Jeff explotaron y su cuerpo cayó al suelo. La luz de la habitación se apagó repentinamente. Lexa, la dueña del local

de torutra, sabía que la estaba buscando. Encendí una linterna y saqué mi pistola. De pronto, escuché pasos al otro lado de la puerta. Apunté con la pistola a la puerta y esperé.

La puerta se abrió frenéticamente y del otro lado apareció una persona. Su rostro me resultó familiar. Se trataba de una de las personas torturadas que había visto antes. Intentó abalanzarse sobre mí y le abatí con un disparo. Después de este vino otro. Y otro más. Los iba derribando con las balas de mi pistola. Tiré la mesa y la usé como cobertura. Lexa debía de haberlos enviado a atacarme.

La única luz de la habitación era la de mi linterna. Los atacantes no paraban de llegar. No tenía tiempo para pensar, sólo podía defenderme con mi pistola. Venían en tandas de varios. Aprovechaba los espacios entre una tanda y otra para recargar mi pistola.

No sabía por qué esas personas me estaban atacando, pero suponía que Lexa estaba detrás de aquello. Probablemente estaban impregnadas con la nanotecnología de Lexa. Si me tocaban, corría el riesgo de ser infectada por el virus tecnológico y perder la protección de la marca biológica. De repente, las personas dejaron de entrar en la habitación.

—Bien hecho Kiyoko —dijo una voz femenina a través de unos altavoces repartidos por el Black Lotus—. Has recorrido un largo camino para llegar hasta mí. Estás tan cerca que sería una pena que no lo consiguieras.

—¿Cómo sabes mi nombre? —pregunté.

—Yo también hago bien mi trabajo —respondió Lexa.

—Da la cara, asesina —dije.

—Qué fácil es juzgar a la gente con una pistola en la mano —dijo Lexa—. Tu historial de crímenes es más antiguo que el mío. Pero yo no te voy a juzgar como has hecho conmigo.

—No me juzgarás, pero usas a tus marionetas para intentar matarme —dije.

—¿Qué gracia tendría si no te complico un poco las cosas? —preguntó Lexa—. Sé que vienes a por mí. Te estoy esperando tranquilamente en mi despacho. Si eres capaz de llegar aquí, charlaremos.

—Cuando llegue hasta tí una charla va a ser lo último que tengamos —respondí.

—Eso será si llegas —dijo Lexa—. Esas marionetas que han entrado en tu habitación eran sólo unos pocos. Ojalá consigas superar al resto mientras intentas llegar a mi despacho.

—De puta madre —pensé—. Sydney, necesito ayuda.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Sydney.

—Con esta oscuridad no voy a ningún sitio —respondí—. Necesito que enciendas la luz.

—De acuerdo —dijo Sydney—. El sistema eléctrico está protegido mediante un sofisticado sistema.

—¿Eso quiere decir que no puedes penetrarlo? —pregunté.

—Puedo penetrarlo —respondió Sydney—, pero no dará un resultado ideal.

—Inténtalo —dije.

—De acuerdo —dijo Sydney—. Hecho.

Las luces del Black Lotus empezaron a parpadear.

—Mejor eso que nada —dije—. Necesito que me digas cómo llegar al despacho.

—Me temo que no puedo alcanzar la información de los planos de este local con exactitud —dijo Sydney.

—¿Eso qué significa? —pregunté—. ¿Voy a tener que salir ahí y registrar habitación por habitación?

—No necesariamente —respondió Sydney—. Puedo escanear el local, pero necesito que salgas de esta habitación y aguantes mientras yo localizo el despacho.

—Cojonudo —dije—. El único problema está en que me quedan tres cargadores de munición. ¿Cuánto crees que me durarán ahí fuera?

—Cálculo que podrás abatir entre cuarenta y cincuenta personas —respondió Sydney—. Si te vas moviendo por el local, podrías darme tiempo suficiente.

—No parece fácil —dije—. ¿No hay otra manera?

—Puedes huir del Black Lotus y olvidarte de tu encargo —respondió Sydney.

—Me refiero a otra manera de llegar al despacho de Lexa —dije.

—Mi sistema no es capaz de proporcionar otra alternativa válida —respondió Sydney.

—En fin, si no queda otra, vamos allá —dije.

Salí de la sala de descanso. Fuera había un espacio más abierto que conducía a una sección de pasillos. Los enfermos clientes del local intentaban acercarse mientras yo les repelía con mi pistola. Me moví todo lo rápido que pude, intentando abrirme paso por el laberíntico local. La luz parpadeaba y, en ocasiones, no tenía una visión clara. Por culpa de eso, alguno de esos enfermos se acercó más de la cuenta.

—¿Cuánto te queda para localizar el despacho? —pregunté.

—Un momento —respondió Sydney—. Estoy usando toda mi potencia.

—Ya somos dos —dije—. Me queda un cargador menos y no sé si podré aguantar durante mucho tiempo.

Crucé un pasillo y acabé en un callejón sin salida. Detrás de mí, los enfermos se acumulaban. Se acercaron en masa mientras yo los fulminaba gastando las balas de mi cargador. Conseguí abrir un hueco entre la multitud y salí corriendo. Parecían estar por todos lados. Estaba dispuesta a acabar con todos ellos si era necesario, pero, desgraciadamente, mi munición era limitada. Corré hasta esconderme de mis perseguidores.

—¿Queda mucho? —pregunté—. Sólo me queda un cargador.

—Entonces recomiendo que lo uses a conciencia —respondió Sydney—. He localizado el despacho de Lexa. Está en la otra punta del local.

—Me estás jodiendo —dije.

—Me temo que no —dijo Sydney—. Debes cruzar el local hasta la otra punta. Verás una puerta metálica con una pantalla de seguridad. Puedo forzar la puerta durante un segundo para permitirte la entrada.

—Me conformo con eso —dije.

Salí de mi escondite y me enfrenté a una nueva oleada de enfermos desalmados. Me abrí paso con mi pistola mientras la luz del techo parpadeaba. La munición escaseaba, tenía que andar con cuidado. Un grupo de enfermos apareció detrás de una esquina. Tenía que aprovechar la poca munición que me quedaba. Me coloqué en línea con mis enemigos y abatí a varios de ellos con la misma bala.

Conseguí cruzar el local con dificultad. Acabé en una zona abierta, lejos de los pasillos por los que me había estado moviendo. Mientras la luz resplandecía, buscaba la puerta metálica que Sydney me había mencionado. Inspeccioné aquel lugar a la vez que gastaba mis últimas balas para encontrar la dichosa puerta. Finalmente la vi.

—La tengo —dije—. Voy a entrar.

—Voy a forzar su seguridad para abrir la puerta —dijo Sydney.

Un último grupo de enfermos apareció frente a mí. Me quedaban pocas balas. Las gasté para eliminar a todos los que pude, intentando abrirme un espacio para llegar a la puerta. Me había quedado sin munición, pero todavía quedaban enfermos en pie. Me la jugué a una carrera. Si me tocaban, probablemente acabaría muerta. Uno de ellos se acercó peligrosamente. Instintivamente, lancé la pistola y esta rebotó en su cara. No le hice un daño mortal, pero fue suficiente para hacerle retroceder.

Finalmente llegué a la puerta. La pantalla se iluminó en un tono verde y pude abrirla sin problemas. Cerré la puerta detrás de mí. Uno de los enfermos introdujo la mano y se la partí al cerrar la puerta con fuerza. La pantalla se enrojeció indicando que la seguridad se había activado de nuevo.

—Qué bien que hayas llegado Kiyoko —dijo Lexa.

Lexa estaba protegida por una pantalla de cristal blindado.

—Sydney, necesito que tires abajo esa protección —pensé.

—Me pongo en ello —respondió Sydney—. Tal vez me lleve un tiempo.

—¿No te gustan las distancias? —preguntó Lexa—. Lo del cristal es por precaución. Hay mucho loco por aquí.

—Esta pantalla no te protegerá eternamente —dije.

—Me lo puedo imaginar —dijo Lexa—. ¿Piensas tirarla abajo de alguna forma? Mientras solucionas ese problema, hablaremos.

—¿Por qué quieres hablar conmigo? —pregunté.

—¿Es que tú no quieres? —preguntó Lexa—. Pensaba que después de todo te interesaría saber cómo he matado a esas personas.

—Mi trabajo consiste en dar con la persona que ha provocado las muertes —respondí—. Ya he dado contigo, el resto me da igual.

—Venga, no pongas esa cara de poker —dijo Lexa—. Te conozco, sé que en el fondo tienes curiosidad.

—Lo que tú digas —dije—. Habla mientras puedas, no te queda mucho tiempo.

—Qué aburrida te has puesto de repente —dijo Lexa—. Ya me has pillado, no tengo nada que ocultar. ¿No quieres saber por qué lo hice?

—Vale, ¿por qué lo has hecho? —pregunté.

—Lo he hecho porque la sociedad se ha convertido en una selva donde nada importa —dijo Lexa—. La gente vive tanto tiempo que no aprecian las cosas, y tienen tanto dinero que no saben qué hacer con él. Lo corriente ya no provoca ningún sentimiento. No conozco a nadie de esta ciudad que no recurra a algún retorcido vicio para sentir algo.

—Yo no lo veo así —dije.

—¿No? ¿Estás segura? —preguntó Lexa—. Están los que recurren a los alcoholes y drogas más potentes para evadirse de la realidad. Los genios tecnológicos solo encuentran placer en el sexo. Algunos ven combates brutales a muerte para sentir euforia, mientras que otros luchan hasta desfallecer como animales. Y el que no encuentra satisfacción en ninguna de estas cosas, come como un verdadero animal. Por no hablar de los que van a un local de tortura porque torturar o ser torturados es su única forma de diversión.

—No todo el mundo es así —respondí.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Lexa—. Ni siquiera tú eres muy distinta. El trabajo de fixer es tu vida. Cuando tu marca biológica se quedó expuesta fingiste tu muerte. Pero eso no fue suficiente, ¿verdad? Tenías que volver al ruedo. Si no trabajas como fixer, la vida no tiene sentido.

—Tal vez tengas razón —respondí—. En el fondo no soy tan distinta de las personas que vienen a este local.

—¡Exacto! —exclamó Lexa—. Todos tenemos un vicio. Y yo puedo ayudarte con el tuyo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—He investigado mucho sobre las marcas biológicas —dijo Lexa—. El problema de los cuerpos sintéticos es que investigarlos a fondo es peligroso para el usuario. Por suerte para mí, una de las ventajas de tener un negocio al que acuden

personas con poco aprecio por sus vidas es que puedes experimentar con ellas. Al principio no pensé que fuera capaz de romper la protección de la marca biológica, pero con el tiempo, me sorprendí a mí misma. Las primeras muertes fueron brutales, y poco a poco empecé a entender el funcionamiento de la marca biológica. Hasta el punto de no sólo desarrollar un virus capaz de acabar con ella, sino que también he logrado replicar la marca biológica y modificarla a voluntad.

—Eso no es posible —dije.

—Lo es —dijo Lexa—. Eso es justo lo que hice con Jeff. Bueno, con la persona que le ha suplantado.

—Osea que Jeff no mentía —dije—. De verdad se trataba de otra persona suplantando su identidad.

—Exacto —dijo Lexa—. Y puedo hacer lo mismo por ti. De esta forma, podrías empezar con una nueva marca biológica. Una que no esté expuesta.

—¿Y así podría seguir trabajando como fixer? —pregunté.

—Eso es —dijo Lexa—. Lo único que pido a cambio es que no te metas en mis planes.

—Ya —dije—. Eso no va a ser posible. Verás, la idea de una nueva marca biológica suena bien, pero tu discurso de que esta sociedad es una mierda ha sonado muy convincente. Tanto, que he decidido que este será mi último trabajo como fixer. Después de eso, me iré a otro lado. Buscaré un sitio donde no usen cuerpos sintéticos.

—Ya no quedan sitios de esos —dijo Lexa.

—El mundo es muy grande —respondí.

—Espera, incluso para salir del país tendrías que usar tu marca biológica —dijo Lexa—. Si lo que quieras es un cuerpo sintético nuevo, sin marca biológica, también te lo podría proporcionar. Tengo todos los programas necesarios.

—Es muy tentador lo que ofreces, pero por encima de todo soy fixer —dije—. Y pienso cumplir este trabajo.

La pantalla de cristal se abrió.

—Vale, vamos a debatirlo por un momento —dijo Lexa—. Sea como sea necesitas un nuevo cuerpo. Si me entregas no conseguirás lo que quieras.

—Siempre puedo entregarte y usar tus programas para transferirme a un nuevo cuerpo por mí misma —dije.

—Eso sería muy arriesgado —dijo Lexa nerviosa—. No sabrías cómo hacerlo. Son programas complejos.

—Correré el riesgo —respondí.

Me acerqué a Lexa y le hice tragarse una droga que la mantendría dormida durante un buen rato.

—Sydney, mándale un mensaje a Vanila —pensé—. Dile que he encontrado a la persona que estaba buscando. Que venga con los de Osaka Corp al Black Lotus.

—De acuerdo —dijo Sydney.

Lexa comenzó a dormirse. Podía ver en sus ojos como asumía que había perdido y que ya no tenía escapatoria. O tal vez sólo se estaba quedando dormida. De cualquier forma, mi trabajo como fixer estaba completado.

—Por cierto, dale recuerdos a Vanila por mí —dije—. Creo que tiene muchas ganas de conocerte. Buena suerte conversando con ella. Por tu bien más te vale que colabores.

Lexa se durmió. Le até de manos y piernas a una silla por precaución. Encendí el ordenador de su despacho y, con la ayuda de Sydney, inicié los programas personalizados de Lexa. Había desarrollado una tecnología que superaba a la marca biológica. No entendía cómo funcionaba, pero me parecía fascinante.

Me llevó un tiempo personalizar el cuerpo que quería. Físicamente, quería que se pareciera al cuerpo con el que nací, mi cuerpo biológico. Hacía mucho tiempo que me había desprendido de él, pero parecía el apropiado para el plan que tenía en mente. Ahora quería desaparecer, marcharme a un lugar donde nadie usara cuerpos sintéticos. Quería largarme de aquel caos de civilización, empezar de cero con un cuerpo normal y mortal.

No conocía el programa que estaba utilizando, por lo que era probable que algo fallara. Sin embargo, había decidido correr el riesgo. Vivía una vida con la que no estaba a gusto. Era una persona más de esas que necesitaban un vicio para sentirse viva en un mundo de inmortalidad y superficialidad. No sabía si la transferencia de cuerpo saldría bien, pero tenía claro que valía la pena intentarlo. Porque quedarme en esta sociedad cruel y

perversa no era mucho mejor que la muerte. Y por eso, activé el programa. Sin tener claro si funcionaría o no. Sin saber si mi vida iba a comenzar finalmente o terminar fatalmente.